

## **El tesoro del Papa Luna**



**Gérard Touzeau**

# **El tesoro del Papa Luna**

*Segunda edición, revisada*

**Traducido del francés por Lucienne Vialaret**

La presente edición es una versión actualizada y completada de la obra original:

*Benoît XIII – Le trésor du pape catalan*, Perpiñán, Mare Nostrum, 2009.

Del mismo autor:

*Miseratione Divina – Le Manifeste de Jean Carrier*, Perpiñán, Artège, 2012.

Este libro fue publicado en el sitio [www.bookelis.com](http://www.bookelis.com)  
ISBN : 979-10-424-1147-3

© 2016, 2023 Gérard Touzeau  
[gerard.touzeau@outlook.fr](mailto:gerard.touzeau@outlook.fr)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del autor. Todos los derechos reservados, siendo el autor único propietario de estos y solo responsable del contenido de este libro.

© Lucienne Vialaret por la traducción al español.

*A mis padres*



*Hace seis siglos, el día 15 de noviembre de 1408, se abrió en Perpiñán el concilio general que el papa Benedicto XIII había convocado para precisar la posición que debía adoptar con fin de terminar con el Gran Cisma de Occidente. Hasta el 12 de febrero de 1409, en la iglesia de la Real, trece sesiones reunieron a trescientos Padres.*

*Desde hacía tres decenios, la cristiandad latina estaba desgarrada entre dos papas rivales que se excomulgaban mutuamente, afirmando cada uno ser el verdadero vicario de Cristo y el depositario del patrimonio de la Iglesia. ¿Cuál de los dos tenía razón?*

*Durante este período, el más turbado jamás conocido por la Iglesia católica, los fieles obedecían al de los dos pontífices que pensaban ser el verdadero papa. En cuanto a los hombres políticos de aquella época, pocos eran los que se portaron según su conciencia porque preferían, en general privilegiar sus propios intereses.*

*A pesar de los trabajos de los hombres de Iglesia y de los historiadores que se esforzaron, con más o menos imparcialidad, en desenredar ese lío, el problema del Gran Cisma nunca recibió respuesta definitiva. Hoy se desprende de ello una especie de perfume de misterio, cuya esencia reside en la fascinante personalidad de Pedro de Luna, pero también en la desaparición casi total del tesoro y de la biblioteca de los papas de Aviñón.*

*El concilio de Perpiñán, cuya decimocuarta sesión se celebró el 26 de marzo en la sala del trono del Palacio de los Reyes de Mallorca, fue varias veces prorrogado por Benedicto XIII y nunca oficialmente concluido. Como si una última sesión quedara aún que programar para tratar de cerrar el capítulo de*

*este largo Cisma, cuyo principio se puede fechar de manera precisa (1378) pero cuyo fin queda siendo un enigma.*



## Prólogo

Al amanecer del 29 de noviembre de 1422, el papa Benedicto XIII, elegido en Aviñón veintiocho años antes, está a punto de pasar «de este siglo tan malo al Reino eterno»<sup>1</sup>. Desde hace muchos años, la casi totalidad del mundo cristiano obedece a su rival Martín V, elegido por el concilio de Constanza. Solos los condes de Armañac y algunos obispos de Cataluña se quedaron, hasta el final, fieles a Benedicto XIII. Encerrado en su fortaleza de Peñíscola, rendido por la vejez y los infortunios, el viejo pontífice muere a los 94 años, rodeado por unos cien fieles, entre los cuales su sobrino Rodrigo de Luna, tres cardenales –Julián de Loba, Ximeno Dahe y Dominique de Bonnefoi– y también un preboste desconocido, Gil Sánchez Muñoz, de Valencia. Un cuarto cardenal, el «rouergat»<sup>2</sup> Jean Carrier, está atrincherado muy lejos de allí, en un castillo de las gargantas del Viaur, asediado por las tropas francesas y unos mercenarios a saldo de Martín V.

El castillo de Peñíscola, entre Barcelona y Valencia, fue erigido por los Templarios y perteneció después a la orden de Montesa, que lo regaló a Benedicto XIII. Este 29 de noviembre de 1422, encierra aún entre sus muros el

---

<sup>1</sup> Manifiesto de Jean Carrier.

<sup>2</sup> Habitante de la provincia de Rouergue, que es el departamento actual de Aveyron, en el sur de Francia.

tesoro de los papas de Aviñón, tesoro que Benedicto XIII se había llevado hasta su último refugio.

Durante la vacante pontifical, los tres cardenales van a administrar los bienes de la Iglesia de manera poco escrupulosa, con la complicidad de Rodrigo de Luna, quien manda la guarnición de arqueros aragoneses. Sólo seis meses después decidieron propalar la noticia de la muerte de Benedicto XIII y elegir a un papa enfeudado al rey de Aragón, su único protector: el 10 de junio de 1423, Gil Sánchez Muñoz llega a ser Clemente VIII. Algunas semanas más tarde, Jean Carrier consigue por fin huir del castillo de Tourène, en el Rouergue. Al aprender la muerte de Benedicto XIII, se va a Peñíscola adonde llega en diciembre de 1423: muy pronto toma conciencia de la perfidia y de las maniobras de los otros tres miembros del Sagrado Colegio. Esto es lo que escribe en un largo manifiesto en latín, manifiesto que mandará seis años más tarde al conde de Armañac:

*Los cardenales se metieron, de por sí, en la administración y el gobierno de los bienes, tanto los que antaño pertenecieron al señor Benedicto como los de la Iglesia, apoderándose de muy numerosos bienes de dicha Iglesia y del señor Benedicto y compartiéndoselos entre sí: monedas de oro y plata, anillos con piedras preciosas, reliquias de la Santa Cruz y de unos santos, cálices de oro y plata, pero también relicarios, varios libros de varias universidades, adornos, galas de la Cámara fortificada,*

*varias piezas de vajilla y otros muchos bienes tan preciosos y de gran valor unos como otros.*<sup>1</sup>

Esta descripción, que debemos a uno de los más seguros testigos de la época, corresponde a la de Jean Raspail en su novela *L'Anneau du pêcheur* (El anillo del pescador):

*La antecámara y la sala de audiencia (de Peñíscola) están adornadas de suntuosos tapices con escenas bíblicas que pertenecen al tesoro pontifical salvado de la caída de Aviñón igual que el trono del papa, la tiara de San Silvestre puesta sobre un cojín rojo iluminado por la luz de una vidriera, los pedazos de la verdadera cruz engastados de oro y esmaltes en un relicario de cristal de roca y de plata dorada tan erizado de campaniles como una catedral y que brilla en el altar-mayor de la capilla del castillo, sin contar con un número impresionante de cofres cargados de joyas, de piedras únicas, chapas de oro, de monedas, de medallas, de objetos preciosos de toda clase y amontonados en un sótano secreto que los Templarios habían cavado en la roca, en el nivel exacto del mar. Solo el papa posee la llave.*

*No la confía a nadie. No por avaricia. Pero este tesoro no es ajeno a la rabia de los cardenales de Constanza contra él, ya que en resumidas cuentas, es él quien posee las partes de su traición. Recibió este tesoro del papa Clemente VII y debe transmitirlo a su sucesor.*

---

<sup>1</sup> Traducción del escritor, igual que todos los fragmentos del manifiesto de Jean Carrier y de la crónica de Martín de Alpartil presentados en este libro.

Jean Raspail, como lo dice él mismo, investigó durante largo tiempo y se inspiró de los trabajos de ciertos eruditos. *L'Anneau du pêcheur*, publicado en 1995, es un libro muy atractivo. Pero se trata de una novela en la que se entremezclan lo verdadero y lo falso, lo real y lo ficticio. Para tratar de precisar lo que pasó con el tesoro de Benedicto XIII, será necesario, para nosotros, quedarnos fieles a hechos probados y auténticas fuentes.

Un montón de oro, de plata, de joyas, de piezas de orfebrería, de reliquias engarzadas de rubíes y esmeraldas. Una biblioteca llena de todos los conocimientos y los misterios de la Antigüedad y de la Edad Media... ¿De dónde venía tal tesoro? ¿Por qué camino llegó allá, en país valenciano, en aquella antigua fortaleza de los Templarios transformada en residencia pontifical? ¿Entre qué manos cayó?

Aquella historia es la del mayor desgarrón que jamás conoció la Iglesia romana y cuyas primeras señales habían aparecido ciento veinte años antes, bajo el reinado de Felipe IV el Hermoso.

**Primera parte**  
*El cisma*



# 1

## La génesis del Gran Cisma de Occidente

La estancia del papado en Aviñón y el cisma que seguirá tienen su origen en los primeros años del siglo XIV, en la lucha de influencia entre Bonifacio VIII (1294-1303) y Felipe el Hermoso. El rey de Francia para sufragar sus campañas contra los ingleses hace todo lo posible para romper el absolutismo pontifical que no le permite tasar los bienes del clero. El papa, con gran energía, contesta en la bula *Unam Sanctam* del 18 de noviembre de 1302, que termina con estas palabras: «Toda criatura humana, por necesidad de salvación, tiene que someterse al pontífice romano». Aquel enfrentamiento culmina el día 7 de septiembre de 1303 con el atentado de Anagni: el consejero del rey Guillaume de Nogaret y su aliado Sciarra Colonna permiten a una cuadrilla de mercenarios molestar al papa, que nunca pudo reponerse.

Su sucesor, Benedicto XI (1303-1304) no tendrá tiempo de apaciguar los ánimos: muere ocho meses después de ser elegido, seguramente de una disentería. Sin embargo, corre el rumor que fue envenenado. Los cardenales, reunidos en Perusa, vacilan durante once meses y acaban por elegir a Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos, pensando así calmar la impetuosidad de Felipe el Hermoso.

El nuevo papa está en Lusignan cuando aprende su elección por un mensajero llegado de Italia. Toma el nombre de Clemente V y le coronan en Lyon, ya que no tiene ninguna prisa en ir a Roma, presa de anarquía y de lucha de clanes. Después de viajar por Francia, se instala en Aviñón en 1309, con toda su curia. Esta ciudad del Ródano, que pertenecía al rey de Nápoles, ofrece la triple ventaja de encontrarse al cruce de las carreteras, a la frontera del reino de Francia y del Imperio y muy cerca del Condado Venaissin que pertenece al papa.

De carácter débil y de salud frágil, Clemente V es el juguete de Felipe el Hermoso y no puede impedir, a pesar suyo, el proceso y la disolución de la orden de los Templarios. Durante su pontificado (1305-1314) el Sagrado Colegio es en gran mayoría francés.

Los seis papas siguientes son del Sur de Francia. Juan XXII, a pesar de su edad (es elegido a los 72 años) reina durante 18 años (1316-1334) pero vacila en fijar el papado en Aviñón: aún piensa volver rápido a Roma. Se contenta con ensanchar el convento de los Frailes Predicadores, donde se había instalado su predecesor. Sin embargo, se esfuerza en intensificar la mayoría francesa en el Sagrado Colegio y crea numerosos obispados en el Sur de Francia. Perfecto gerente de los bienes de la Iglesia, establece una administración rigurosa, encargada de recaudar los impuestos sacados del patrimonio eclesiástico de toda la cristiandad<sup>1</sup>. A la

---

<sup>1</sup> Se llama «beneficio» el patrimonio asociado a una dignidad eclesiástica (obispo, abad, prior, cura, etc.).



cima de su poder, consigue la sumisión del antipapa Nicolás V, que el emperador Luis IV de Baviera había intentado oponerle.

Con Benedicto XII (1334-1342), se toma la decisión: ya no se trata de volver, en un futuro próximo, a Roma, siempre tan inestable y demasiado lejos de los graves problemas de la época. El nuevo papa, muy aficionado a vestir su antiguo hábito cisterciense, manda edificar el austero Palacio Viejo y trasladar a Aviñón los archivos pontificales, depositados en Asís. El tesoro está instalado en dos salas de la torre de los Ángeles. En esta torre, está también la habitación del papa. Bajo su reinado, la política benefical empezada por Juan XXII saca provecho: a pesar de los gastos debidos a la edificación del palacio, Benedicto XII logra ahorrar hasta tal punto que, a su muerte, dejó una tesorería de más de un millón de florines.

Clemente VI (1342-1352) no tiene el carácter monacal de su predecesor: pensando que un pontífice debe ostentar su potencia y su «urbanidad papal», manda edificar el suntuoso Palacio Nuevo y vive rodeado de numerosos artistas. En 1346, es bastante potente para destituir al emperador Luis IV de Baviera, en guerra con el papado desde Juan XXII. Dos años más tarde, compra la ciudad de Aviñón a la reina Juana de Nápoles por ochenta mil florines de oro. Para los cardenales se construyen magníficas residencias, llamadas en francés «livrées». La curia entonces cuenta con más de seiscientos miembros. Es el apogeo de lo que los Romanos llamaron, con cierta perfidia, «el cautiverio de Babilonia», por

analogía con el destierro de los judíos después de la conquista de Jerusalén por Nabucodonosor. La gran Peste Negra pone punto final a este período fastuoso: en algunos meses, Aviñón, que había ido creciendo y prosperando, pierde la mitad de su población. Clemente VI sabe, en estos momentos, dar muestras de valor y de dignidad: negándose a abandonar la ciudad, protege a los judíos, considerados por el pueblo como responsables de la epidemia.

Su sucesor Inocencio VI (1352-1362) manda fortalecer a Aviñón, víctima de las razias de las Compañías Mayores, pandillas de soldados desocupados durante las treguas de la guerra de los Cien Años.

Bajo la presión del emperador germánico Carlos IV, que desea separar el papado de la influencia francesa, Urbano V (1362-1370) intenta una primera vuelta a Roma en 1367. Pero la Ciudad queda inestable y el papa tiene que refugiarse en Viterbo y después en Montefiascone. Ya que se reanudan las luchas entre Inglaterra y Francia, tiene un motivo más para abandonar a Italia, desde donde no puede arreglar el conflicto. A principios de septiembre de 1370 vuelve al Palacio de los Papas, donde morirá tres meses más tarde.

Sometiéndose a los ruegos de Catalina de Siena, Gregorio XI (1370-1378), sobrino de Clemente VI, decide irse él también de Aviñón en 1376, con 17 de sus 23 cardenales y parte de la curia, dejando el tesoro pontifical bajo la vigilancia del Camarero, igual que la biblioteca. Entra en Roma el 17 de enero de 1377, pero no tendrá tiempo para asentar el papado: muere el 27 de marzo del

año siguiente, muy alterado por oscuras premoniciones...

El cónclave que sigue la muerte de Gregorio XI es uno de los más turbados de la Historia. La muchedumbre romana, sobreexcitada y dirigida por pandillas armadas, exige un papa romano y amenaza a los cardenales, privándolos así de la serenidad y del libre albedrío que necesitan para beneficiarse de la inspiración del Espíritu Santo. Alrededor del Vaticano, se oyen clamores: *Romano lo volemo, o almanco italiano, se non che tutti li occideremo* («queremos un papa romano, o al menos italiano, o si no a todos los mataremos»). Los cardenales, deseosos de acabar pronto con este problema y temiendo por su vida, simulan una elección (el 8 de abril de 1378) y votan de mala gana en favor de un prelado que no pertenecía a su colegio: Bartolomeo Prignano, arzobispo de Bari que, de manera atinada, se quedaba en Roma sin ocultar su ambición de ser papa un día. El, si no satisface los deseos del Espíritu Santo, al menos corresponde a las condiciones exigidas por los Romanos. Pero «el elegido» no está en el palacio. Por las calles, arrecia el tumulto. Ciertos cardenales, totalmente perturbados, se apoderan de su viejo colega Tebaldeschi, le disfrazan de papa y le exhiben ante la población. El anciano es consciente del sacrilegio: a pesar de su invalidez (morirá poco después) resiste, descubriendo así la trampa, lo que acrecienta el furor de la muchedumbre. Al día siguiente, el arzobispo de Bari llega al Vaticano; le entronizan con nombre de Urbano VI, lo que da fin a la rebelión.

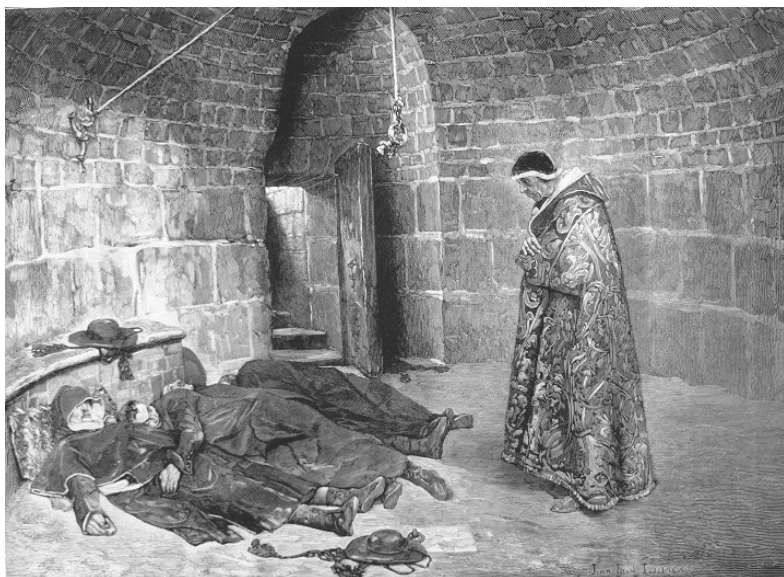
Famoso por su fe y su sabiduría, se comporta rápidamente en déspota perverso, insultando y amenazando a los que acaban de elegirle. Todos los cardenales huyen de Roma y niegan la validez de la elección de Urbano VI, tachada de extorsión según el término de la época, es decir, hecha bajo amenaza de violencias. El Sagrado Colegio se reúne en Anagni donde anatemiza al arzobispo de Bari. Abrigándose en Fondi, más lejos de Roma, los cardenales vuelven a reunirse en cónclave. El 20 de septiembre eligen en esta ciudad al ardiente cardenal Robert de Ginebra, de 36 años de edad e hijo del Conde de Saboya<sup>1</sup>. El nuevo papa, que toma el nombre de Clemente VII, no consigue entrar en Roma y vuelve a Aviñón con los quince cardenales que le eligieron. Encuentra allí a los seis cardenales que se habían quedado en el Palacio de los Papas, y también al Camarero, jefe de la Cámara Apostólica (la *Camera*) y por eso, guarda del tesoro.

Fue pues el *mismo* colegio de cardenales el que eligió sucesivamente a dos papas. Con esta doble elección, empieza el Gran Cisma que va a dividir la cristiandad. Notemos que todos los cardenales que participaron de estos dos cónclaves murieron seguros de que el papa legítimo era Clemente VII. Urbano VI, ya sin un solo cardenal, tiene que crear otros, haciendo de ellos esclavos

---

<sup>1</sup> Por eso la mención de la profecía de Malaquías: *De cruce Apostólica* («A propósito de la cruz apostólica»), aludiendo a la cruz de Saboya.

aduladores: los que intentan desobedecerle son torturados y matados.



«La vengeance d'Urbain VI»  
(La venganza de Urbano VI)  
Grabado de Jean-Paul Laurens

Apenas instalado en Aviñón, Clemente VII se esfuerza por convencer las naciones cristianas de su legitimidad. Pero, muy pronto pierde un aliado potente, el rey Carlos V el Sabio, el cual muere en 1380 después de proclamar la fidelidad de Francia al papa aviñonés, como lo cuenta Christine de Pisan en *Le Livre des faits et bonnes mœurs du sage roi Charles V* (El Libro de los hechos y buena vida del sabio rey Carlos V). ¿Cuál hubiera sido el

desenlace del Cisma de vivir aquel gran monarca diez años más? De su hijo Carlos VI, la Historia recordará esencialmente la locura, que debilitará sobremanera a Francia y será una de las causas de la lucha fratricida entre Armañacs y Borgoñones, igual que las desgracias vividas durante la guerra de los Cien Años, hasta el desastre de Azincourt (1415) y el Tratado de Troyes (1420).

Sin embargo, durante estos años 1380, Francia se queda fiel al pontífice aviñonés, como lo confirma a menudo la Universidad de París. Escocia, muy rápido, se adhiere también al bando clementino. Aragón, Navarra, Borgoña, Saboya, Chipre y otras tierras de Oriente reconocen, ellos también, a Clemente VII como verdadero vicario de Cristo. La política impone ya las opciones posibles: Inglaterra (contra Francia y Escocia), Portugal (contra Castilla), la mayor parte de Alemania y muchos de los países de Europa central se reúnen, ellos, al campo urbanista. La situación está muy confusa en Italia, donde Luis I de Anjou, tío de Carlos VI y heredero del reino de Nápoles, tiene que combatir, armas en mano, contra los partidarios de Urbano VI. El cisma invade obispados y monasterios: así, durante largo tiempo, habrá dos obispos de Bazas, uno en favor del campo anglo-urbanista, el otro en favor del campo franco-clementino.

Durante los años siguientes, todas las vías son estudiadas para intentar terminar con el cisma: *via cessionis* (abdicación de los dos papas), *via compromissi* (decisión confiada a árbitros), *via synodi* (reunión de un

concilio ecuménico). Ninguna salió bien. En 1389, Urbano VI, que descontenta hasta a sus más ardientes defensores y se atrajo la hostilidad de los Romanos, muere en el momento en que su oponente estaba a punto de salir vencedor. El nuevo papa romano, Bonifacio IX (1389-1404) se muestra mucho más diplomático y consigue restablecer el equilibrio: prosigue el cisma. Cada campo tiene sus santos: Catalina de Siena apoya al pontífice romano. Pedro de Luxemburgo, Vicente Ferrer y más tarde Coleta de Corbie militan en favor del papa avinonés.

Verdad que no se trata de un cisma corriente, caracterizado por la insumisión de un grupo de personas frente a la autoridad del papa, jefe supremo de la Iglesia. En este caso, ni un solo cristiano discute esta autoridad. El único problema es que hay dos papas, entre los cuales los creyentes están divididos. ¡Por eso se puede decir (en son de broma) que «el Gran Cisma es un cisma sin cismáticos»!

Clemente VII muere de repente de una crisis de apoplejía, el día 16 de septiembre de 1394. Los cardenales nombran como sucesor al aragonés Pedro de Luna, que toma el nombre de *Benedictus decimus tertius* (Benedicto XIII). ¿Quién es este hombre que así es dueño de las llaves de San Pedro... y del tesoro de los papas?



## Los papas de Aviñón



Clemente V (1305-1314)  
*Taddeo Gaddi (Florencia)*



Juan XXII (1316-1334)



Benedicto XII (1334-1342)  
*Paolo de Siena (Roma)*



Clemente VI (1342-1352)  
*Tumba (la Chaise-Dieu)*



Inocencio VI (1352-1362)  
*Tumba (Villeneuve-lès-A.)*



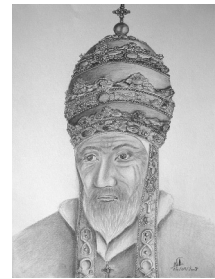
Urbano V (1362-1370)



Gregorio XI (1370-1378)  
*G. di Benvenuto (Siena)*



Clemente VII (1378-1394)  
*Palacio de Aviñón*



Benedicto XIII (1394-1422)  
*Dibujo de N. Delépine*



## 2

### El cardenal de Aragón

Pedro Martínez de Luna nació en Illueca, pequeña ciudad aragonesa de la provincia de Zaragoza, a 20 kilómetros al norte de Calatayud. Hace parte de una familia de alta nobleza, emparentada con los reyes de Aragón. Por el lado de su madre, doña María Pérez de Gotor, el futuro Benedicto XIII desciende de don Jaime de Gotor, hijo de Said bin Alhaken, el último rey moro de la isla de Mallorca, derrocado en 1229 por el rey de Aragón Jaime I el Conquistador, uno de los principales protagonistas de la *Reconquista*.

Resolvamos de pronto uno de los problemas que plantea el título de la edición francesa de este libro<sup>1</sup>: Pedro de Luna, papa Benedicto XIII, no era catalán. Sin embargo, pasó la segunda mitad de su larguísimo pontificado en la Cataluña histórica, formada alrededor de las posesiones de los antiguos condes de Barcelona y de Provenza, y que, aunque incorporada a Aragón (1137) y, temporalmente, dividida por la creación del reino de Mallorca (1276), había conservado su estatuto de potencia mediterránea y extendido su influencia sobre Rosellón, las islas Baleares, el país de Valencia, Sicilia, Cerdeña y Córcega. Contra viento y marea, la «Gran Cataluña» se quedó largo tiempo fiel al Papa del Mar que, una tras

---

<sup>1</sup> *Benoît XIII – Le trésor du pape catalan*, Perpiñán, Mare Nostrum, 2009.

otra, hizo de Perpiñán, Barcelona y de Peñíscola las nuevas Romas del Occidente medieval. Por eso, Benedicto XIII fue siempre considerado por los catalanes como uno de los suyos.

La fecha de nacimiento de Pedro de Luna es, de por sí sola, un problema: el cronista veneciano Antonio Morosini (fallecido en 1434) la sitúa a eso de 1324, ya que, a su parecer, Benedicto XIII se murió a los noventa y ocho o cien años; otros escritores, tal como el Padre Maimbourg la fechan en 1334, porque piensan que Pedro de Luna fue elegido papa a los sesenta años. Algunos investigadores modernos<sup>1</sup>, atentos a acortar la vida del futuro papa, suponen su nacimiento en 1342 o 1343. Sin embargo, la mayoría de los historiadores, entre los cuales Noël Valois<sup>2</sup>, se ponen de acuerdo sobre el año 1328, ya que, poco después de su elección (1394), Benedicto XIII hubiera dicho en secreto a Guillaume Boisratier, relator del Consejo de Estado bajo Carlos VI, que, en aquel entonces, tenía setenta años.

De su juventud conocemos poca cosa. Se sabe sólo que muy pronto se especializa en los estudios jurídicos y saca el título de Doctor en decretos. En los años 1360, ocupa la cátedra de derecho canónico en la Universidad de Montpellier, ciudad en la que se puede, hoy día, recorrer

---

<sup>1</sup> En particular Dieter Girgensohn, de la Universidad de Göttingen, en un artículo publicado en 1989 en la revista *Archivum historiae Pontificiae*.

<sup>2</sup> Las obras del Padre Maimbourg y de Noël Valois son mentadas en la bibliografía.

el «boulevard Pedro de Luna»<sup>1</sup>. Juntamente, abraza la carrera eclesiástica y llama la atención por su alta estatura intelectual y su comportamiento sin tacha.

El 20 de diciembre de 1375, el papa Gregorio XI, que le convidó desde el principio de su pontificado para hacer de él uno de sus más cercanos consejeros, le crea cardenal diácono de Santa-María en Cosmedin. Por eso le llamarán *La Luna de Cosmedin* en la famosa profecía de San Malaquías, redactada, según se dice, en el siglo XII, pero en realidad a fines del siglo XVI, texto que daba la lista de los papas –nombrados por fórmulas más o menos sibilinas– desde Celestino II.

El que, desde entonces, llaman el cardenal de Aragón acompaña a Gregorio XI durante la vuelta del papado a Roma (1376-1377). A la muerte del papa (27 de marzo de 1378), Pedro de Luna, que tiene como conclavista un tal Gil Sánchez Muñoz (tío del futuro Clemente VIII), hace parte de los papables. Un incidente algo raro puede acentuar esta idea: el 6 de abril, día elegido para el principio del cónclave, estalla una violenta tormenta y cae el rayo sobre la celda que ocupa en el Vaticano, lo que muchos interpretan como «el dedo de Dios» que señala al elegido. Pero, como lo dijimos ya antes, los cardenales, de elegir a un aragonés, no salían vivos del cónclave. Pedro de Luna esperará... De momento, los

---

<sup>1</sup> La única calle Benedicto XIII de Francia está en Le Pontet (Vaucluse) cerca de Aviñón.

Romanos tienen al papa que deseaban en la persona de Urbano VI.

Durante todos estos acontecimientos, Pedro de Luna, a la inversa de la mayoría de los miembros del Sagrado Colegio, se porta de manera muy digna y en particular se queda lejos de la falsa entronización del cardenal Tebaldeschi. En medio del tumulto, muestra un gran valor, cuidando de redactar su testamento. Pensándolo bien, es uno de los últimos cardenales en abandonar a Urbano VI y en dejar a Roma. El ex profesor de derecho canónico, ya convencido de la nulidad de la elección del 8 de abril, firma con sus colegas la declaración de Anagni, la cual anatemiza al arzobispo de Bari. Después participa del cónclave de Fondi. Pero, durante esos cinco meses, las cosas cambiaron sobremanera: ahora, ya no se trata de elegir a un intelectual como Pedro de Luna. La Iglesia necesita un combatiente, capaz de recuperar tiempo y terreno perdidos por culpa del intruso romano: será Roberto de Ginebra bajo nombre de Clemente VII el 20 de septiembre de 1378. El cardenal de Aragón será entonces un apoyo indefectible del nuevo papa y, durante diez años, se esforzará por lograr la adhesión de las naciones españolas al bando clementino.

Nombrado legado en la península ibérica en diciembre de 1378, Pedro de Luna recibe la ayuda del fraile predicador Vicente Ferrer (nacido en 1350), ya conocido por sus sermones, y totalmente devoto a la causa del pontífice avinonés. Y ambos van a la conferencia de Medina del Campo, organizada por el rey de Castilla que

quiere aclarar las circunstancias del Cisma. La elocuencia de Pedro de Luna y la fuerza de su testimonio se llevan la decisión: el 19 de mayo de 1381, en Salamanca, el rey Juan I proclama con toda solemnidad la adhesión de Castilla al partido de Clemente VII.

Dando una vuelta por Portugal, Pedro de Luna se enfrenta con la actitud ambigua del rey Fernando, que vacila entre la Inglaterra urbanista y la Castilla clementina. Se va pues a Aragón, donde se esfuerza por influir al viejo rey Pedro IV, cuyo hijo menor, el infante Martín, se ha casado con María de Luna, familiar del cardenal. Ya que busca su propio interés entre los dos papas rivales, Pedro IV es difícil de convencer. A su muerte, en 1387, su hijo Juan primero que, desde hacía mucho tiempo estaba por Clemente VII, se suma en seguida a los argumentos del cardenal-legado y pone Aragón bajo obediencia aviñonesa. Pedro de Luna consigue, después, otra adhesión: la del rey Carlos III de Navarra (1390). Puede entonces entrar triunfante en Aviñón: excepto Portugal, toda la península ibérica obedece a Clemente VII.

Mientras tanto, en 1389, Urbano VI se muere en Roma. Durante su pontificado, había creado 43 cardenales para reconstituir su colegio, aniquilado en 1378. Veintinueve de ellos habían muerto (ciertos con la ayuda del papa...) otros dos se unen a Clemente VII. Los doce que quedan, todos equívocos ya que ninguno de ellos recibió el capelo antes del cisma, se afanan en elegir a Pietro Tomacelli que será Bonifacio IX.

A principios de los años 1390, Clemente VII confía a Pedro de Luna dos nuevas misiones: apaciguar la fogosidad de la Universidad de París que busca cómo terminar rápido con el cisma y tratar de convencer a Inglaterra y sus aliados para que se junten con el papa de Aviñón. Esta última misión es un fracaso. A pesar de una entrevista en Abbeville con el duque de Lancaster, el cardenal de Aragón no consigue nada y tiene que volver a Aviñón...

Poco después, el 16 de septiembre de 1394, Clemente VII muere de repente. Al conocer la noticia, el rey Carlos VI, durante uno de sus pocos momentos de lucidez, manda a los cardenales una carta en la que les ruega que aplacen la elección, para así tener el tiempo de examinar cómo erradicar el cisma. Pero cuando el mensajero del rey llega a Aviñón, ya habían entrado en cónclave los cardenales... Deciden ignorar la carta del rey y concluir con la elección, considerando que solo un papa está capacitado para suprimir las penas pronunciadas en contra «del antipapa romano y sus anticardenales», cláusula necesaria para reunir los dos colegios y elegir un papa único después de abdicar los dos rivales. Pedro de Luna, quien expresó su deseo de terminar con el cisma, es aprobado por unanimidad menos un voto (el suyo) y coronado obispo de Roma el 11 de octubre. Para rendir homenaje a Benedicto XII, edificador del Palacio de los Papas, toma el nombre de Benedicto XIII... Su elección parece mucho más firme que la de su rival romano: en efecto, además de los votos de los 14 cardenales que deben sus capelos a Clemente VII (y que podemos

considerar como equívocos, igual que los creados por Urbano VI) el recién elegido recibe también los de los seis últimos cardenales creados antes del cisma, los pues únicos indiscutibles en este año 1394.

Benedicto XIII se instala en la Torre del Papa, que se llamará más tarde Torre de los Ángeles y que encierra, además del sótano y del castillete superior, cuatro niveles: el Tesoro Bajo, donde se depositan todos los documentos y objetos preciosos, ordenados en cofres señalados por una letra (de A a Z); la habitación del Camarero (*camerarius*) el guarda supremo del Tesoro y el más próximo colaborador del papa; la habitación del papa que comunica con la cámara de Paramento y el *Studium* (el despacho del papa llamado «habitación del Ciervo»); y por fin el Tesoro Alto que encierra también la biblioteca pontifical, o Librería Grande.





### 3

## La biblioteca de Benedicto XIII

Si no es oro todo lo que reluce, hay tesoros de gran valor sin una onza de metal precioso. Por ejemplo, un Libro de Horas o un Salterio (obras que figuraban en todas las bibliotecas del siglo XV) se negocian hoy día, según la calidad del manuscrito y de las iluminaciones, entre cinco mil y ciento sesenta mil euros. Una única página, si lleva una miniatura o letras floridas de gran calidad puede pasar los veinte mil euros. En 2001, durante una venta en la sala Drouot, un manuscrito iluminado de 46 hojas (folios) sobre papel vitela, que contenía una obra del papa Pío II (muerto en 1464) y enriquecido de miniaturas que recordaban el estilo de Jean Fouquet, el mayor pintor francés del siglo XV, fue adjudicado más de dos millones de euros.

Numerosos manuscritos de la biblioteca de Aviñón alcanzaban tal nivel artístico. Algunos eran además testimonios de obras hoy perdidas o mal conservadas. Todos presentaban gran valor histórico, religioso o literario. Por desgracia, la mayor parte de ellos –casi la totalidad– fueron distribuidos o robados después de la muerte de Benedicto XIII y nunca más recuperados.

Durante el siglo XIV los papas romanos empezaron a sentar las bases de la biblioteca de la que heredarán los sucesores aviñoneses: el primer inventario, elaborado en

Roma en 1295, siendo papa Bonifacio VIII, no cuenta más que 443 artículos<sup>1</sup>.

Cuando el papado se instala en Aviñón, a partir de 1309, el propósito es quedarse allí poco tiempo y volver pronto a Roma. La biblioteca vaticana, aún poco provista, está entonces depositada en diferentes ciudades de Italia, consideradas más seguras que Roma, pero eso no impidió numerosos saqueos durante los sucesivos traslados. De este período se conservan tres inventarios, uno hecho en Perugia en 1311 (645 artículos), los otros en Asís en 1327 (226 artículos) y en 1339 (433 artículos). Desde el pontificado de Benedicto XII, que emprende la edificación del Palacio de los Papas fijando así la Santa-Sede en las orillas del Ródano, se manda la mayor parte de estos libros a Aviñón.

Poco a poco, se acrecienta la biblioteca, gracias al trabajo de los monjes copistas y de los iluminadores, pero también y sobre todo gracias a las donaciones y a los derechos de despojos (herencias de prelados fallecidos). El primer «gran» inventario elaborado en 1369, a fines del reinado de Urbano V cuenta 2059 artículos repartidos en diferentes habitaciones del Palacio: el Tesoro Alto situado a la cumbre de la Torre de los Ángeles, abriga hasta 928 libros. El papa, que ha intentado una vuelta a Roma,

---

<sup>1</sup> Un «artículo» (es decir un número del inventario) correspondía en general a un solo volumen, pero a veces podía ser dos o más. En particular, el escribiente lo hacía cuando se trataba de un lote de obras: a falta de describir cada manuscrito, sólo precisaba el número.

imagina entonces mandar allá la biblioteca. Pero fracasó el proyecto.

Gregorio XI, el último papa de Aviñón antes del Cisma, reorganiza la biblioteca entera. Los manuscritos, metódicamente clasificados, cotizados y descritos, son colocados en armarios cuyo contenido se lee sobre letreros (*tabulae*). El nuevo inventario cuenta 1308 artículos, 670 de los cuales proceden de la biblioteca de Urbano V. Otra lista enumera 175 artículos *extra inventarium*, que proceden ellos también por mitad de la biblioteca de Urbano V. El trabajo mandado por Gregorio XI, sin embargo, no está terminado y el inventario de 1369 será útil para los 1300 libros aún no clasificados.

Clemente VII, primer papa aviñonés del cisma, no es hombre de cultura y da poca importancia a la biblioteca: ninguna compra notable fue realizada durante los 16 años de su pontificado. Cuando Benedicto XIII le sucede, en 1394, se apodera pues de los 2800 manuscritos que pertenecían a Gregorio XI, es decir: los 1308 volúmenes del inventario anterior, que Benedicto XIII manda copiar después de apuntarlo con su puño y letra; los 175 volúmenes de la lista complementaria «fuera inventario»; y por fin los 1300 volúmenes no clasificados de la biblioteca de Urbano V. Añade a ellos 38 libros litúrgicos de compra reciente y 196 obras de su colección personal. Se puede pensar, pues, que cuando accede al poder, la biblioteca pontifical cuenta con un poco más de 3000 libros.

A la inversa de su predecesor, Benedicto XIII es, a la vez, un enamorado de libros y hombre de gran cultura, como lo dicen todos los que le conocían. A pesar de todas las varias dificultades con las que tuvo que enfrentarse, se esforzará, durante casi treinta años, en proteger aquel inestimable patrimonio.

A lo largo del relato, daremos varios ejemplos de manuscritos desaparecidos. De momento, contentémonos con proponer la corta descripción de una colección en gran parte conservada:

Inventario de la Gran Librería de Peñíscola (1423) manuscritos n° 44 a 71. «*In secunda ver domo secundo calaxio fusti sunt saquentes libri copertii de corio cum armis de rosis guarniti cum particis de cirico viridi, et sunt XXVIII volumina.*» (En la segunda casa o el segundo arcón de madera, están los libros siguientes, de tapa de piel con las armas de rosas, adornadas de pedacitos de seda verde, y son 28 volúmenes.)

En Peñíscola, última residencia de Benedicto XIII, la unidad de clasificación de la biblioteca es la *domus* (casa) o el *calaxius*, del catalán *calaix* (arcón) en los que están puestos los manuscritos. Las «armas de rosas» son las de la familia Rogier, natural de Rosiers d'Égletons (Corrèze), patria de los papas Clemente VI y Gregorio XI. Estos 28 volúmenes constituyen en efecto la Biblia Grande de Clemente VI, mentada en todos los inventarios desde el de Urbano V (1369). Seis volúmenes fueron diseminados bajo Clemente VIII, sucesor de Benedicto XIII en

Peñíscola y nunca más encontrados. Los otros veintidós fueron vendidos en el capítulo de Valencia a eso de 1426 y quedaron hasta hoy día en el tesoro de la catedral de dicha ciudad.



## 4

### El último papa de Aviñón

En este otoño de 1394, el nuevo papa, cuyo confesor era su amigo Vicente Ferrer, goza de un prejuicio favorable. Pero el estadio de gracia es de corta duración: desde el principio del año 1395, Benedicto XIII entra en conflicto con Francia, más activa en cuanto al Cisma que las otras naciones cristianas. La Corte de Francia y la Universidad de París, interesadas por la vía de cesión, preconizan la abdicación del papa, que generará – piensan– la de su adversario y la elección de un nuevo pontífice. Muchos cardenales piensan lo mismo. Pero a Benedicto XIII, seguro de su derecho, poco le importa. Este hombre, de cuerpo mediano, pero de salud de hierro, muestra, en aquella ocasión su genio tenaz y su indomable energía. Es el vicario de Cristo: por eso, no debe recibir orden de nadie si no de Dios. Perito en derecho canónico, prueba a los embajadores franceses que la vía de cesión está inadaptada y sólo puede llevar a intensificar el bando del intruso. Propone otra vía, la *via conventionis*: que se encuentren los dos papas bajo protección del rey de Francia y que discutan de las condiciones de la unión hasta que se revele la verdad. El 8 de julio, los duques de Berry y de Borgoña, tíos del rey y el duque de Orleans, hermano del rey se arrodillan ante el papa y le ruegan que escoja la vía de cesión. Persuadido de su legitimidad y convencido de que el

pontífice está por encima de las potencias temporales, Benedicto XIII queda inflexible.

Pasan tres años, durante los cuales Francia, que desea fortalecer su posición en su lucha contra el papa, multiplica las gestiones, sobre todo frente a los reyes de Inglaterra y de Castilla, pero todo eso con poco éxito. Por su parte, Benedicto XIII recibe el apoyo del rey Martín I de Aragón, llamado Martín el Humano, que le visita en 1397 en Aviñón (recordemos que Martín se había casado con una pariente de Pedro de Luna).

Amenazado de sustracción de obediencia francesa, Benedicto XIII contesta que San Pedro fue papa sin el apoyo de Francia. Después de tantas provocaciones, la crisis llega a su apogeo durante la primavera de 1398. La asamblea del clero que se reúne en el Louvre, bajo mando de los tres duques y del rey de Navarra decide el 28 de julio la sustracción de obediencia. No por eso Francia jura fidelidad al papa romano: los documentos oficiales siguen datados «desde la elección de Monseñor Benedicto». Nápoles y Castilla pisan los talones a Francia y ya no reconocen a ningún papa.

El día uno de septiembre, los comisarios reales llegan a las puertas de Aviñón y deteniéndose en el puente San Bénézet (el famoso puente de la canción, hoy día en ruinas), proclaman la sentencia real. Alrededor del papa, quien se queda imperturbable, es la confusión total: numerosos miembros de la curia abandonan el palacio y, al día siguiente, 17 de los 24 cardenales presentes en Aviñón cruzan el Ródano y se instalan en Villeneuve-lès-Avignon. Amé de Saluces, Jean de Neufchâtel y Bertrand



de Chanac son los principales jefes de la rebelión. Algunos días después, Jean de Neufchâtel y Jean de Brogny se apoderan de la bula del papa. El 17 de septiembre, los cardenales de Villeneuve (son ahora 19) aceptan la sustracción de obediencia. Un cardenal se queda neutral, tres están ausentes de la curia. Cinco solos se quedan fieles a Benedicto XIII y se encierran con él en el Palacio de los Papas, donde viven aún 250 religiosos y hombres de armas.

El torno se aprieta, pero lo peor está por llegar... El 22 de septiembre, Geoffroy Le Meingre, llamado Boucicaut, en nombre del rey y de los cardenales fugitivos, entra en Aviñón a la cabeza de un ejército de mercenarios y empieza a asediar el palacio fuertemente fortificado, el cual es defendido por los arqueros de Rodrigo de Luna, el fiel sobrino del papa. Se organiza la resistencia. Los clérigos se trasforman en soldados. Y, entre ellos, se nota la presencia de un tal Julián de Loba, vicario del obispo de Tarazona. Los cardenales y el mismo papa, entonces de unos 70 años, participan de la vigilancia del palacio. De eso resulta que el 29 de septiembre, el papa Benedicto XIII será herido al brazo por una bala de cañón.

Todo vale para los hombres de Boucicaut: hasta utilizan la guerra bacteriológica tratando de propagar la peste con materias pútridas. Pero es un fracaso. Boucicaut no tiene ningún escrúpulo: durante una reunión organizada el 24 de octubre entre tres delegados de los cardenales de Villeneuve (Amé de Saluces, Guy de

Malesset y Pierre de Thury) y tres cardenales siempre fieles a Benedicto XIII, manda detener a estos tres últimos. Solo el cardenal de Boil tiene derecho a volver al palacio; a los otros dos, los tiran a un calabozo del que saldrán sólo cinco meses más tarde. Dos días después de este golpe de mano, al amanecer del 26 de octubre, los agresores tratan de penetrar en el palacio por una cloaca inutilizable. Al llegar a la cocina los sorprende un ujier que pone alerta. Benedicto XIII él mismo dirige la respuesta: 56 agresores son detenidos y encarcelados.

Por fin, se concluye una tregua el 24 de noviembre de 1398 pero continúa el bloqueo del palacio. Se espera así obtener la rendición del papa, privado de cualquier abastecimiento y aislado de las naciones que le quedan fieles. Hasta Francia propone intercambiar los archivos y el tesoro con el final del bloqueo y la semilibertad del papa (17 de septiembre de 1399). Benedicto no da curso. Mientras tanto, uno de los dos cardenales liberados por Boucicaut es, de nuevo, apresado y encarcelado en Aigues-Mortes donde se muere poco tiempo después.

Todas esas violencias cometidas contra el papa van, poco a poco, a cambiar la opinión de la gente. La resistencia heroica de Benedicto XIII y su empeño en defender los derechos inalienables del papado propaga dudas entre los que le condenaban unos meses antes. ¿Es posible ofender así al vicario de Cristo sin correr el peligro de atraerse el castigo divino? La desaparición del cardenal Jean de Neufchâtel, uno de los más violentos jefes del cisma, muerto de la peste el 4 de octubre de 1398, puede interpretarse como una respuesta.

Se evalúa también hasta que punto fracasó la política de Francia que deseaba aniquilar la obediencia del papa de Aviñón: los reinos de Aragón, de Navarra, de Chipre y de Escocia, los condados de Armañac, de Foix, de Cominges y de Saboya no cesaron de obedecer al pontífice asediado. Aún más, el rey Martín el Humano manda, durante el invierno 1398-1399, una armada para socorrer al papa: 18 galeras y ocho naves, salidas de Colliure y de Valencia, remontan el Ródano hasta Arlés. La armada, parada por las aguas bajas, nunca llegará a Aviñón, pero eso demuestra que los franceses no pueden portarse así contra el papa sin correr peligro... Entre los miembros de esta expedición que incluye muy numerosos clérigos y laicos de la diócesis de Elna y de la Universidad de Perpiñán, se notan varias personas que se quedarán fieles a Benedicto XIII hasta su muerte, y más allá aún: el bachiller en decretos Bartolomeo Bajuli, de la diócesis de Elna; el maestro-furriel aragonés Juan Muñoz; el catalán Pedro Ram, ballestero (*ballestarius*) y hombre de confianza del rey de Aragón; y un tal Antonio de Camps, de quien volveremos a hablar.

Poco a poco la postura de Francia se debilita: en febrero de 1400 el clero bretón, que hasta entonces había respetado la sustracción, se pone de nuevo bajo la autoridad del papa de Aviñón. En mayo de 1401, Provenza vuelve a la obediencia. El 12 de septiembre una embajada castellana (con Jerónimo de Ocón, abad de San Juan de la Peña y futuro obispo de Elna) rinde al papa el homenaje del rey Enrique III. El dos de octubre, el viejo cardenal Hugues de Saint-Martial (creado por